

RESEÑAS

PIAGET, JEAN, LAZARFELD, PAUL, MACKENZIE, W.J.M. y otros,

Tendencias de la Investigación en las Ciencias Sociales, versión española de Pilar Castrillo, Alianza Editorial, Madrid, 1973, 633 pp.

Las ciencias sociales necesitan un tratamiento panorámico para detectar su desarrollo actual y los signos que les son característicos. Esta necesidad llega a ser satisfecha, relativamente, con la publicación de la obra que motiva esta reseña.

El editor ha aclarado con precisión la naturaleza del libro que comentamos: “es una selección de los trabajos incluidos en el primer volumen (único hasta ahora aparecido) de la obra colectiva de la UNESCO: Tendances Principales de la Recherche dans les Sciences Sociales et Humaines, dedicado a las ciencias sociales teniendo previsto que el segundo volumen se ocupe de las disciplinas encuadradas en las ciencias humanas)”.

Con esta nota explicativa, R. Maheu, Director General de la UNESCO, resume, en el prefacio, los antecedentes de la gestación de esta obra y señala los métodos empleados en su redacción, afirmando que se reducen a tres categorías: colaboración con especialización de estos métodos por la Secretaría de la UNESCO, “responsable de la planificación general del proyecto y de su puesta en práctica” (p.13). Asimismo, R. Maheu indica que la complejidad de un dominio tan amplio, como es el repertorio de las ciencias sociales humanas, determinó la división del estudio en dos partes: la primera destinada a ciencias “nomotéticas” y la segunda dirigida a abarcar disciplinas para luego agregar que “tenemos pues, dos series, paralelas si se quiere, diferentes sin duda alguna y cuyas diferencias era preciso respetar, pero sobre todo complementarias, y finalmente interdependientes” (p.19). El discurso del prefacio termina con una invocación de las ciencias sociales y humanas consideradas como “una garantía” o la “fuente esencial” del humanismo y con una reiteración de que la UNESCO cumple dos fines: contribuye al avance del saber y procura que la universalización contribuya “al mejoramiento de las condiciones de existencia de los pueblos” (p. 23).

La “Advertencia”, escrita por Samy Friedman (pp. 25-39), es una parte vital del libro porque no se trata sólo de una aclaración, sino de toda una discusión en torno a los problemas reales de las ciencias sociales, discusión que ayuda a comprender el contenido de los distintos trabajos que integran la obra con profusas glosas del pensamiento y la actitud de los autores, todo esto en relación con el pensamiento escrito por clásicos que han creado las diversas ciencias sociales o que las han desarrollado en sus etapas cruciales. La “advertencia” de Samy Friedman, por sí misma, constituye una reseña objetiva del libro, con una marcada proyección valorativa que da realce tanto a las disciplinas tratadas como al pensamiento de quienes han colaborado en esta empresa.

Antes de ingresar al cuerpo vivo de la edición, hay todavía cuatro páginas (40-43) escritas por Jean Piaget en febrero de 1971, bajo el título de “presentación” que, según el editor, han sido preparadas para la publicación en forma del libro independiente de los trabajos incluidos en el presente volumen’ (p. 9). El mérito de esta presentación reside, en que es una confesión de parte, ya que el autor indica que los, trabajos incluidos en el libro son una “reflexión esencialmente epistemológica” “dirigida a comprender una tendencia que nosotros creemos que es general -o está llamada a serlo algún día- y que denominaríamos ‘estructuralismo genético’” (p. 40). La confesión se reitera cuando el mismo Piaget sigue diciendo: “las páginas siguientes estarán continuamente inspiradas por un cierto estructuralismo, desarrollado sobre todo después de escribir aquéllas (véase nuestro pequeño “¿Que sais-je?”, Le Structuralisme, 4a ed. 1970, P.U.F.)... .Estas afirmaciones indicarían que el punto de vista dominante en el campo de las ciencias sociales es limitativamente estructuralista, caso singular cuando se trata de una obra forjada en equipo (p. 19), auspiciada por una organización mundial, donde debería reflejarse el pensamiento universal, es decir, el pensamiento que nace y, se desarrolla en los cinco continentes y a través de todas las corrientes filosóficas e ideológicas.

*

La parte principal del libro recoge las contribuciones de Piaget. De las seis partes que contiene (incluyendo la Introducción), tres trabajos han,sido escritos por este autor. El primero, que lleva por título “La situación

de las ciencias del hombre dentro del sistema de las ciencias”, escrito a manera de Introducción, comienza planteando la dificultad de diferenciación entre “disciplinas sociales y ciencias humanas” (p. 44). “La distinción no tendría sentido -dice- salvó que se pudiera disociar en el hombre lo que compete a las sociedades particulares en las que vive y lo que constituye la naturaleza humana universal” (p. 45). Pero el autor sortea este aparente dilema formulando una distinción clara entre las ciencias “nomotéticas”, “históricas” y “jurídicas,” por una parte y “disciplinas filosóficas” por otra (pp. 46-51), señalando las diferencias específicas de cada uno de estos grupos. Así, las ciencias nomotéticas, según Piaget, serían “aquellas que intentan llegar a establecer leyes en el sentido, algunas veces, de relaciones cuantitativas expresables en forma de funciones matemáticas o también en el sentido de hechos generales o relaciones ordinales”. Entre éstas cita, la psicología científica, la sociología, la etnología, la lingüística, la ciencia económica y la demografía. Llama “históricas” a “aquellas disciplinas que tienen por objeto reconstruir y comprender el desarrollo de todas las manifestaciones de la vida social a través del tiempo”. Indica que las “ciencias jurídicas” ocupan una posición muy diferente porque el “derecho constituye un sistema de normas”. En lo que toca a las disciplinas “filosóficas”, recalca la dificultad de su clasificación “debido a que en los autores que se dedican a ellas reina cierto desacuerdo respecto al alcance, la extensión e incluso la unidad de las ramas que conviene reunir bajo este término” (p. 51).

Las distinciones de Piaget en torno a estas disciplinas no son tajantes; por el contrario, el autor se esfuerza en mostrarnos las relaciones que existen entre ellas, particularmente a través del valor que tienen los caracteres nomotéticos para el conocimiento humano, puntualizando que la obra que reseñamos “no es en modo alguno un tratado destinado a exponer un compendio histórico de las ciencias nomotéticas” (p. 53), pero que en una visión retrospectiva pueden encontrarse cinco caracteres que han elevado a estas disciplinas del estado precientífico al estado “a lo menos al ideal” de disciplinas nomotéticas. Estos caracteres son los siguientes: La tendencia a comparar, la tendencia histórica o genética, el uso de modelos ofrecidos por las ciencias de la naturaleza, la tendencia a la delimitación de problemas y la elección de los métodos (pp. 54-63).

Al plantear la prioridad de las disciplinas deductivas sobre las experimentales, indica que hay tres razones de importancia: la primera, que el espíritu tiende “por naturaleza” a percibir intuitivamente lo real y a deducir, pero no a experimentar, puesto que la experimentación no es una construcción libre o directa de la inteligencia, “sino que supone una sumisión a instancias exteriores que exigen una adaptación mucho mayor”; la segunda, que las operaciones deductivas son más simples. La tercera razón nos hace ver que la “lectura de la experiencia no es nunca una simple lectura, sino que supone una acción sobre lo real, ya que “implica una estructuración lógica o matemática” (pp. 63-64). Los problemas indicados por Piaget, tanto en el orden del progreso de las ciencias como en el de la precedencia deductiva sobre la experimentación, le obligan a plantear el gran problema, epistemológico de las ciencias humanas: las ciencias humanas dependen del, hombre como sujeto y como objeto”. Esta consideración le lleva a señalar peculiaridades muy propias de la psicología, la sociología, la ciencia económica, disciplinas en las que el hombre es a la vez “sujeto y objeto de su propio conocimiento” (pp. 65-77).

Pero estas dificultades con que tropiezan las ciencias humanas, dice Piaget, “se concretan en torno al método” y hace una explicación sucinta de las características inherentes a la sociología, la economía política, la lingüística y la demografía, ciencias en que la experimentación “sólo puede reemplazarse por una observación sistemática que utilice las variaciones de hecho analizándolas de manera funcional” (p. 77). Este aspecto le induce a considerar que la mayor dificultad reside en ‘la precisión que puede lograrse en la observación de los hechos’, o sea “en una aplicación del número a los datos continuos o discontinuos’, ya que éste, el número, por sus propiedades”, presenta una riqueza y una movilidad que hacen que sus estructuras sean útiles en todas las cuestiones de comparación”, para concluir que “de todas las ciencias del hombre, la única que no tropieza con esta dificultad (el uso del número) es la demografía, pues en ella la medida viene dada por el número de individuos” (p. 81).

Además de las dificultades ya anotadas, Piaget señala que hay otro obstáculo fundamental en el desarrollo de las ciencias humanas: “el hombre de ciencia no es solamente un sabio, sino que al mismo tiempo es siempre un hombre que adopta alguna actividad filosófica o ideológica” Desde este punto de vista señala la importancia que ha tenido el empirismo, una de cuyas secuelas actuales es el empirismo o positivismo lógico”. (p. 90), o

“las filosofías dialécticas que desempeñan un papel esencial en las ideologías socialistas, principalmente en el dominio de la sociología y de la economía y, en general, en todas las disciplinas con una dimensión histórica” (p. 92). Las consecuencias de esta actitud derivan en el problema de las relaciones entre las ciencias del hombre y las de la naturaleza (p. 96). Centra la discusión en torno a las voces germánicas de circulación universal en la literatura filosófica: “naturwissenschaften” y “geisteswissenschaften”, dicotomía que toma un nuevo sentido a través de la cibernética, “que no se sabe muy bien dónde clasificar, si entre las ciencias de la naturaleza o entre las del hombre” (p. 101), o de la lógica que pertenece a la vez a las ciencias exactas y naturales y a las del hombre’ (p. 103). Resumiendo su punto de vista, indica que “ninguna de las ciencias puede ser situada en un solo plano y que cada una de ellas admite distintos niveles jerárquicos, citando entre ellos a) el objeto ó contenido material de su estudio; b) sus interpretaciones conceptuales o técnica teórica; e) su epistemología interna o análisis de las relaciones entre el sujeto, y el objeto en conexión con las demás ciencias” (P. 105). El autor hace notar que la tendencia Principal del conocimiento científico es la especificidad o reductibilidad de los fenómenos estudiados en las diversas ciencias. Este punto de vista le sirve eficientemente para hacer un largo desarrollo acerca del carácter interdisciplinario del saber, desarrollo que ocupa gran parte de su tercer trabajo inserto en el libro, apuntando que las ciencias del hombre tratan de comprender y de explicar, “pero no de comprender sin explicar ni de explicar sin comprender” (p. 113).

Refiriéndose a la especialización de las ciencias, alerta contra el peligro de aislamiento que trae consigo la formación de escuelas dentro de las diversas disciplinas, porque además de que el elemento predominante de ellas es la aplicación, lo característico de ellas en su separación, reduciendo “la eficacia del trabajo práctico” (p. 118).

*

Lo principal de la contribución de Piaget está en el capítulo titulado “La Psicología” (pp. 121-198). Su trabajo confirma los antecedentes académicos y científicos del autor que ha alcanzado tanta nombradía en este campo. El razonamiento piagetiano se abre con una consideración precisa acerca de las diferencias que hay entre la psicología científica y la psicología filosófica (pp. 122-127), para continuar con un resumen del empirismo no estructuralista y la necesidad de explicación científica en psicología (pp. 128-135). Su enjuiciamiento sobre la Denkpsychologie y la Gestalt le sirve para incursionar en el positivismo contemporáneo y asumir puntos de vista sobre los aportes de Skinner.

La tesis de que “no hay vida mental sin vida orgánica” (p. 135), es su punto de partida para analizar las relaciones entre la psicología y la biología (pp. 135-141), señalando que la tendencia actual consiste en admitir un isomorfismo y no una interacción (p. 136) entre las formas de la conciencia y de su concomitante nervioso. Parecería que el autor incurre en contradicción o incoherencia cuando, para concluir esta parte, se expresa en los siguientes términos: “En resumen, si existen estrechas conexiones entre la organización nerviosa y fisiológica en general y la organización cognoscitiva, se trata de interacciones múltiples entre procesos de escalas superpuestas y en modo alguno de su simple reducción” (p. 141).

La tendencia fisicalista de la psicología expresada en la afirmación de que hay “formas objetivas despersonalizadas del conocimiento que pueden parecer directamente conectadas con el mundo físico” o, dicho de otro modo, aquéllas “tentativas de enlazar procesos mentales con procesos físicos” motiva la reflexión de Piaget (pp. 141-146) para hacerle indicar que en las tendencias actuales de la psicología se ha producido un trastrocamiento impresionante en relación con el fisicalismo clásico, y cita la teoría de la información, teoría que puede ser definida “como una entropía negativa” (p. 146).

Su análisis de las tendencias psicosociológicas parte de la necesidad de discernir “si entre las estructuras orgánicas y las estructuras sociales, hay estructuras generales o comunes a todos los individuos, pero no exclusivamente o específicamente sociales” (p. 147), para luego ocuparse de la psicología social definida como una disciplina que “reúne todos los problemas generales de nuestra ciencia (psicología diferencial, personalidad, etc.), ya que el hombre es un ser esencialmente socializado” (p. 150). Apunta de paso que la diversidad de medios sociales estudiados en la actualidad ha determinado que el Comité de la Unión Internacional de Psicología Científica “ha decidido promover tales investigaciones y publicar una revista internacional dedicada a los estudios comparativos” (p. 151). Esta revisión crítica concluye indicando que

“en todos aquellos dominios psicosociológicos en que en un principio se intentó una simple reducción de, lo mental a lo social nos encontramos ahora ante tres tipos de niveles: lo orgánico, lo mental y lo social” (p. 154).

Afirma el autor que los procesos mentales, al no ser reductibles únicamente a lo orgánico ni a lo social, la psicología contemporánea “trata de llegar a ellos por métodos específicos: el psicoanálisis ... la psicología de la conducta. . . , y la psicología genética” (p. 155), para concluir que la “conciencia progresiva de las interacciones... lleva a un constructivismo, necesario para la comprensión del desarrollo en su conjunto” (p. 160).

Al plantear la especificidad del comportamiento y las estructuras de la memoria, en el estado actual de la investigación, Piaget nos dice que hay que distinguir tres tipos de memoria: a) la memoria en el sentido en que la emplea el biólogo (conservación de todo lo que es adquirido); b) la memoria ligada únicamente al comportamiento (en tanto que recuerdos que se distinguen por un reconocimiento), y c) memoria psicológica en sentido estricto conductas que implican una referencia explícita al pasado), para concluir diciendo que no se puede separar el estudio de la memoria del estudio del desarrollo, ya que la memoria de evocación no tiene nada de innato, sino que se construye’ en relación con la función semiótica, condición de la representación’ (pp. 168-169).

El largo tratamiento que hace del estructuralismo psicogenético y de las teorías de la inteligencia (pp. 169-176) le facilita la exposición de su teoría personal, como ya lo habla anunciado en la Introducción del libro. Sostiene que “el porvenir de la psicología reside en el desarrollo de los métodos comparativo y psicogenético”, ya que “el desarrollo es una construcción real, por encima del innatismo y el emprismo”, y que “es una construcción de estructuras y no acumulación aditiva de adquisiciones aisladas” (p.170). En su análisis, que es tesis personal, aparecen y desaparecen bajo sus ojos críticos nombres como Tinbergen, Lorenz, Grassé, Chill, Graham, Brown, Gesell, Wallon y todos aquellos que se han vinculado con el tratamiento genético de los problemas propios de la psicología.

Piaget levanta el estandarte del estructuralismo cuando dice que “los organicistas, los fiscalistas, los psicólogos sociales, los psicoanalistas, los especialistas de la teoría del comportamiento, los especialistas en psicología genética, todos buscan más o menos explícitamente y bajo formas diversas, construcciones y estructuras a la vez” (pp. 176-177).

Piaget termina este su trabajo refiriéndose a dos aspectos más; relaciones de la psicología con otras ciencias, haciendo otras consideraciones que se verán ampliadas en el capítulo dedicado a la invesiación interdisciplinaria y a las apicaciones de la psicología y la llamada psicología “aplicada” (pp. 184-191 y ss.), indicando que esta última “no existe como disciplina independiente... pero que toda bena psicología es siempre susceptible de aplicacines previstas o imprevistas” (p. 193).

*

El libro de la UNESCO prsigue con una contribución más de Piaget: “Problemas Generales de la Investigación Interdisciplinaria y Mecanismos Comunes”, que se extiende de la p. 199 a la p. 282. Es un trabajo en que el autor hace una impresionante demostración erudita de la información que tiene sobre los problemas de la ciencia en general y de las ciencias humanas en particular. Reitera el planteamiento de la imagen circular o “en espiral” que debemos tener del sistema de las ciencias. Señala la convergencia y establece el parentesco de las ciencias del hombre con las “ciencias de la vida” y llama la atención sobre el “trágico rearto de la enseñanza en facultades universitarias” de estos campos (p. 204). Lo vital de este trabajo está en la reflexión filosófica y epistemología de los problemas con que se tropiezan las ciencias cuando tratan de las “estructuras, funciones y significaciones” que les son comunes (pp. 207-213), o de las “reglas, valores y signos” que en sus mecanismos de funcionamiento se revelan como “estructuras y normas” (p. 216), para decirnos que los grandes problemas interdisciplinarios son, por lo menos, tres: a) comparación de estructuras según sus dominios de aplicación; b) filiación de las estructuras; c) naturaleza de las estructuras en tanto que constituyen modelos al servicio de los teóricos o como estructuras de los objetos mismos de estudio (pp. 220-222).

La exposición de las “reglas” discurre sobre la naturaleza de las mismas, los tipos que existen y la interferencia de reglas “que pertenecen a diferentes dominios”, fijando para estos casos distintos ejemplos, asimismo señala normas no deductibles (p. 231) que afectan a todo el comportamiento humano para pasar a los problemas diacrónicos y sincrónicos en el dominio de las normas (p. 234). Toda esta parte no es sino una preparación progresiva e intensiva para formular su teoría de los valores donde destaca nítidamente las relaciones peculiares entre la afectividad y la praxeología, definiendo a esta última como una teoría esencialmente interdisciplinaria, de los ésta comportamientos en tanto que relaciones entre los medios y los fines, desde el punto de vista tanto del rendimiento como de las elecciones” (p. 242). En cuanto a los valores, los clasifica en valores de finalidad, normativos y de rendimiento (pp. 246-247). Esta clasificación le permite explicar las regulaciones y operaciones relativas a las valorizaciones de finalidad donde la voluntad juega un papel decisivo porque tener voluntad significa estar en posesión de una escala de valores suficientemente resistentes para poder referirse a ella en el curso de los conflictos (p. 252).

Gráficas y ecuaciones adecuadamente explicadas ilustran sobre los circuitos cibernéticos y las regulaciones económicas (pp. 252-258), como una posibilidad para mensurar los valores de finalidad y rendimiento. Su sistema axiológico culmina con una reflexión acerca de los problemas sincrónicos y diacrónicos en el dominio de las funciones de los valores (pp. 258 y ss.), afirmando que “funciones y valores dependen tanto más de la historia y de, la explicación diacrónico cuanto más subordinados están a las estructuras correspondientes” (p. 262).

Después ingresa a desarrollar una teoría de las significaciones diferenciando la señalización biológica y la función semiótica (p. 262) y definiendo con sutileza conceptos tales como índice, señal y símbolo para penetrar en el estudio de las estructuras lingüísticas y estructuras lógicas (p. 266). Los nombres de Durkheim, Levi-Strauss y Carnap son los puntos de referencia en esta fecunda dilucidación de problemas lingüísticos que no entienden psicólogos y sociólogos cuando se traban en un “diálogo de sordos” acerca de la, lógica universal (P. 268).

Los problemas diacrónicos y sincrónicos en el dominio de las significaciones, con apoyo en Saussure, reciben un tratamiento sostenido y dan paso al planteamiento de la “naturaleza de las innovaciones que modifican el Comportamiento humano en el curso de la historia” (p. 275)

Merece especial comentario la conclusión de este trabajo, formulada como la interrelación entre el sujeto de conocimiento y las ciencias humanas, problema epistemológico que haría detenerse al más osado de los pensadores y que a Piaget le sirve para asentar “un conjunto de relaciones interdisciplinarias” que son bautizados como “hibridación”, nuevo término equivalente a “recombinación genética” (pp. 280-281). Piaget, al cabo de sus disertaciones sutilmente dogmatizadas por el punto de vista estructuralista, se disculpa por haber hecho hincapié en la “epistemología genética” de los últimos diez años (p. 282), pero esta manera de terminar su trabajo no es otra cosa que una reiteración más de la “partie prise” que ha sostenido en las cuatro contribuciones prestadas al libro reseñado.

*

El capítulo 3 ha sido escrito por Paul Lazarsfeld bajo el título general de “La Sociología”. Tiene toda la estructura de un libro; está precedido de un prólogo al que le sigue una Introducción, donde el autor dibuja un panorama del pensamiento sociológico y señala la ruta que seguirá el tratamiento de sus problemas más importantes (pp. 286-291), indicando que la selección de los mismos dependerá inevitablemente de las apreciaciones del autor; asimismo, anuncia que en la sección III del trabajo estudiará “los dos sistemas que más se han aproximado a la noción tradicional de teoría: el marxismo y el funcionalismo”.

El autor, decidido propugnador del método de las encuestas, reseña la aportación conceptual del análisis de encuestas a la sociología general (p. 291), partiendo de los trabajos de la Inglaterra del siglo XVIII y distinguiendo tres etapas en esta larga historia: la cuantificación, la encuesta propiamente dicha y la codificación. Apunta que “la etapa de codificación ... constituye el tema principal de la presente sección” (p. 293). Discute la importancia que tienen los índices para la investigación social e indica que el paso de los conceptos a índices se realiza en cuatro etapas: la representación gráfica del concepto, la especificación del concepto, la elección de indicadores y la formación de índices (pp. 294-297). Este aspecto relevante de la

metodología sociológica hace que el autor plantee la importancia del lenguaje indicial que, teniendo puntos comunes con el lenguaje ordinario, posee sus propios términos, de los que elige los conceptos de “proceso”, “contexto” y “tipología” para ser descritos entre las páginas 299-309.

Si bien el método de las encuestas se encarga de formar investigadores y resuelve los problemas de la “teoría e investigación empírica” (p. 309), la macrosociología es una tendencia que permite comprender mejor esta cuestión. Lazarsfeld hace una breve reseña de las condiciones en que ha surgido la macrosociología para decidir que en Estados Unidos se carece de una tradición semejante y aboga por su opuesto afirmando que “la investigación empírica se transformó en un instrumento indispensable en América y sus técnicas fueron enseñadas en cientos de colegios universitarios” (p. 310). Luego indica que la traducción del pensamiento de Durkheim, Weber y Simmel hizo aparecer a los pioneros americanos como “algo provincianos y que el nuevo papel internacional de los Estados Unidos dirigió la atención hacia los países subdesarrollados” y que “todos estos elementos dieron lugar a la corriente macrosociológica” (p. 310). Cuando trata las variables macrosociológicas que, según el autor, son reducidas en su número (p. 311), utiliza los estudios de Eckstein, Runciman, Lipset y Dabrendorf para relacionar la importancia de la encuesta dentro de la macrosociología. Después de las variables trata las proposiciones y los procesos macrosociológicos indicando que son “trazados lineales simples” (p.322) o “esquemas explicativos” de tipo el estratégico? (pp. 323 y 324). en las explicaciones de Lazarsfeld hay una marcada tendencia a minimizar el proceso social; por esto indica que las secuencias “son tratadas en parte como leyes” (p. 326) para concluir esta parte con una serie de preguntas de tonalidad escéptica, como la siguiente: “¿Cuál es la aportación de los estudios macrosociológicos al edificio de la sociología general?” (p. 329).

El pensamiento de Lazarsfeld toma crítico cuando desarrolla el capítulo III relativo a la búsqueda de una teoría, reduciendo este esfuerzo a tres casos especiales y bien definidos: Merton, con las teorías del alcance medio, el marxismo y el funcionalismo. En lo que se refiere a la sociología marxista, contribuye con un listado bibliográfico de algún interés para los lectores latinoamericanos porque los coloca en relación informativa acerca de lo que se escribe y publica en el bloque soviético, pero sus esfuerzos tienden a mostrar que el materialismo histórico está cada vez más vinculado a la investigación empírica (pp. 337-338), como un efecto de la “desestalinización” y que este aspecto puede probarse “midiendo la influencia que ejerce en la sociología esta conjunción de la sociología empírica occidental, el materialismo histórico en tanto que sistema de pensamiento y los países comunistas como realidad social” (p. 340). Para este fin propone un plan de estudio que comprende: a) investigaciones sobre las actitudes; b) análisis del trabajo; c) investigaciones sobre los grupos pequeños; d) sistemática, y e) tendencias a la interpretación (sic). Este plan lo desarrolla explicativamente entre las páginas 340 y 354.

El parcialismo de Lazarsfeld se expresa claramente cuando dice que el funcionalismo “es el mejor ejemplo que pueda encontrarse del espíritu inventivo y de los equívocos que caracterizan la doble preocupación de la sociología contemporánea: aplicar un conocimiento sistemático a la masa creciente de hechos sin caer en la especulación vacía acerca del pasado y el futuro de todas las sociedades” (p. 354).

En los antecedentes de esta modalidad pragmática de la sociología, el funcionalismo, cita a Durkheim (!), Parsons y Merton para indicar que los sociólogos no pueden vivir con ni sin el funcionalismo (p. 358). Declara: “No trato ni de criticar ni de hacer una apología del funcionalismo” (p. 358). Ciertamente. No critica ni hace apología, pero convierte el funcionalismo en un credo sociológico. En el análisis intrínseco de esta concepción trata los sistemas sociales, los problemas del conflicto social y los mecanismos funcionales (pp. 358-368), todo apoyado en una bibliografía muy selecta.

También se refiere a la teoría crítica y dialéctica de la sociedad evocando los nombres de Horkheimer y Adorno, para ligar a ellos los de Benjamin, Fromm y Marcuse. La información es precisa y el punto de vista sirve para recordar las épocas duras del fascismo alemán y las discusiones en torno a la guerra de Vietnam (pp. 368- 378). La exposición de Lazarsfeld sobre el panorama de la sociología menciona el estructuralismo (pp. 378-380), indicando que no ha encontrado “ningún rasgo de estructuralismo en sociología” (p. 378). Juicio por demás lapidario, pero poco certero, sobre el pensamiento sociológico.

El autor prosigue su exposición penetrando en otro tipo de diferencias: las variaciones nacionales en las

actividades sociológicas (pp. 380-400). Esta es una peculiar manera de valorar las diferencias de principio y de método, cuando no de objeto y finalidad. De manera encubierta se nos muestra una geografía de la sociología donde van implícitas menciones valorativas para los países europeos y otras regiones del mundo, refiriendo sólo una vez a América Latina (p. 394). Lo importante de este tópico reside en la particularización relativa a las orientaciones de la sociología, las dificultades y resistencias que entorpecen su desarrollo, la rigidez de las estructuras universitarias y la vulnerabilidad política de la sociología, aspecto que le hace escribir al autor: “No es de extrañar entonces que, a causa de su activismo social y político, la sociología haya pasado por vicisitudes que, en general, han estado vinculadas a los cambios de régimen político” (pp. 399-400).

Al plantear las relaciones de la sociología con las otras ciencias, el autor se refiere a la antropología (p. 403), a la economía y la investigación psicológica (p. 404) y a la ciencia política, como dominadas por la técnica de las encuestas, tan cara para la sociología empírica, la Roca Tarpeya de Lazarsfeld.

En el trabajo de Lazarsfeld adquiere particular importancia la Psicología Social. Le dedica una apreciable extensión para resumir su evolución, sus rasgos y problemas específicos (pp. 403-416). Destaca los progresos alcanzados por la Psicología Social gracias a sus técnicas experimentales e indica que actualmente tiende a “provocar en los sujetos, mediante un dispositivo plausible, ‘actitudes’ que creen en ellos un compromiso y que, en consecuencia, modifiquen efectivamente algún esquema de su comportamiento” (p. 413). Después pasa a tratar lo que llama “el amor propio” como fenómeno social (pp. 417-421), que “contribuye a determinar en buena medida la conducta social”. Este aspecto le sirve para diseminar las ideas de Coates y Pellegrin sobre el pensamiento y actitud de los altos hombres de empresa.

Pasando rápida mirada sobre las teorías de la disonancia social (pp., 421 y, ss.), reelabora el pensamiento de Zajonc y reconstruye sus experimentos para probar los efectos de la decisión, la adhesión forzada, la información contraria a las convicciones personales y las expectativas, frustradas, temas y problemas que tienen más relación con el control político de la sociedad que con la sociología. Amplía más el campo de la psicología social revisando algunos aspectos de la socialización de los adultos (p. 425), quienes “deben adquirir tres cosas, conocimiento, tacto y disposiciones” para responder a las expectativas de su rol de adulto (p. 426) y resume algunos experimentos en la dinámica de grupos (p. 431). Las observaciones finales están dedicadas a ciertas flaquezas de la psicología social, pero no cierran la perspectiva, de la sociología. El trabajo ha tomado un sesgo que no estaba prevista en la introducción del mismo y termina perdiendo, todo su impulso desafiante del inicio.

*

El capítulo 4 lleva por título “La Ciencia Política” y está escrito por W. J. M. Mackenzie. Es un examen lúcido y preciso de los aspectos dominantes de esta ciencia y comienza esbozando un rastreo en la historia de tan importante disciplina, derivando sus orígenes del pensamiento griego y oriental. Indica que la ciencia política puede desarrollarse sólo en determinadas condiciones intelectuales y sociales y que su objetividad no plantea “ningún problema que la haga distinta de las otras ciencias” (p. 440). Afirma que de la “protopolítica” se han desprendido distintas ramas y que la ciencia política propiamente dicha se ha reducido “al estudio de problemas que se prestan mal al empleo de métodos científicos rigurosos” y que “la mayoría de los politólogos son perfectamente conscientes de lo precario de su situación” (p. 441).

Define el alcance de esta ciencia desde tres puntos de vista: el tema, el objetivo y los métodos que por su interdependencia, deben ser considerados como “dimensiones” de la misma disciplina.

En cuanto al tema comenta las definiciones de la política que han dado Parsons, Easton y Duverger y acepta la opinión de MacIntyre, quien afirma que sería peligroso empezar por una definición (p. 443). Luego pasa a comentar la ciencia del Estado y la política sin estado indicando que la preocupación dominante ha sido la noción de Estado, “institución que aspiraba a la supremacía jurídica y política”, para luego señalar que este razonamiento no siempre es correcto, ya que se puede estudiar la actividad política sin considerar la existencia del Estado. Esta observación está tratada en cuatro acápites para afirmar que “poderosas fuerzas separan a la ciencia política de la ciencia del Estado y la impulsan hacia el estudio de la política sin Estado” (pp. 445-447). Recogiendo las ideas de Karl Deutsch, señala que la ciencia política es un instrumento de

investigación de carácter social, . . ."es una disciplina establecida y no un simple dominio de colaboración interdisciplinaria" (p. 449), para afirmar de modo concluyente que es dar pruebas de realismo considerar la ciencia política actual fundamentalmente como una "ciencia del Estado", dadas sus tradiciones y las exigencias especiales impuestas a los que se dedican a ella" (p. 451).

En cuanto a los objetivos, indica que la ciencia política, además de ser nomotética, "por el hecho de que trata de descubrir leyes", también es una ciencia ideológica y normativa (p. 451). Esta dilucidación no traería consigo riesgo alguno si no se hubiera cometido un error, presumiblemente de traducción o de edición, porque acto seguido, y en subtítulo, se le llama también ciencia ideográfica, indicando que el interés de la ciencia política se centra en una "entidad única" (p. 451) o que "cada nación (o país) es único en su género" (p. 452). Observamos este error porque si se trata de ciencias que estudian lo cínico, estas ciencias se llaman ideográficas, como hace muchas décadas establecieron Rickert y Windelband.

Al definir la ciencia política como normativa, sostiene que estudia diversos tipos de normas y que, al mismo tiempo, "propone normas de conducta" (p. 454), en tanto que como ciencia nomotética, dice el autor, nos encontramos con opiniones muy contradictorias, ya que para algunos estudiosos es "un arte práctico" y para otros "debe convertirse en una disciplina científica rigurosa", aceptando la expresión de Max Weber en sentido de que la ciencia política tiene por objeto comprender y no analizar fríamente (p. 455).

Cuando se refiere a los fundamentos metodológicos dice que se deducen tres temas principales: una teoría de los estudios sucesivos, una teoría de la ecología y un método de comparación. Estos aspectos están influidos por apreciaciones ideológicas, por lo cual recomienda prudencia para su enfoque, principalmente en lo que se refiere a la teoría de los cambios sucesivos. El planteamiento ecológico relaciona la política con la sociedad y la sociedad con el medio ambiente y el método de comparación, que "utilizado sin precaución" puede dar resultados enormemente engañosos (p. 459). Cuando amplía el planteamiento ecológico explica los sistemas americano, británico y europeo.

El capítulo más interesante de Mackenzie lleva por título "Investigaciones en curso". Lo desarrolla entre las páginas 469 y 522, dividiéndolo en cinco partes: A) Categorías de la investigación, donde trata la clasificación de los Estados (p. 469), tema en el que incluye el estudio de las instituciones, las Ideologías, la ecología y los niveles de integración (pp. 469-473); B) Las Relaciones Internacionales, señalando las tácticas de investigación, entre las cuales cita (repetiendo otra vez el error indicado), el método ideográfico, el método normativo, el método nomotático y las teorías generales y parciales. Adquiere particular importancia el señalamiento de los estudios regionales (América Latina, Sureste asiático, etc.), donde los criterios de globalización tienden hacia "metas más políticas que científicas" (p. 479); C) La Administración Pública, rubro al que incorpora los problemas de la gestión y, dirección de organizaciones grandes "con arreglo a una serie de categorías basadas en la ciencia política" (p. 484). Así incluye el estudio de las organizaciones del sector público y del sector privado, el estudio comparado de los sistemas de organización y, por último, el novísimo dominio de la Administración del desarrollo (p. 490), señalada como una "categoría ambigua", descifrada en un sentido como "administración" destinada a favorecer el progreso" o, por el contrario, como "administración en los países pobres". . . "sin imponer por ello a estos países un nuevo colonialismo" (p. 490); D) Poder, Fuerza; Influencia, Autoridad, tópico postulado por el autor para "analizar algunos de los principales problemas que plantea la ciencia política como disciplina empírica" (p. 492). Para este objeto parte de un esquema provisional derivado del pensamiento de Aristóteles que lo lleva a explicar los estudios empíricos del poder, concepto clave para la ciencia política. Los nombres de Maquiavelo y todos los importantes de la época moderna se relacionan con el de Wright Milis para señalar la importancia de, este tema; E) Estados Constitucional", rubro en el que adquieren relieve las indicaciones que hace en torno a su problemática relacionada: con los regímenes políticos y su clasificación (pp. 498-506), para establecer diferencias entre régimen y gobierno, precisar el significado de las decisiones (p. 509) y el sentido de las instituciones representativas (pp. 511-516) y termina explicando el contenido de los derechos personales y de los tribunales constitucionales (pp. 516-522).

El trabajo de Mackenzie concluye señalando tres estilos de teoría política: el enfoque global, el parcial y el histórico, destacando que los enfoques globales son más frecuentes en las grandes potencias, los históricos en Inglaterra y que el enfoque parcial, tan necesario en toda ciencia política, no tienen tradición (p. 528).

*

En el capítulo 5 está tratada la Ciencia Económica. Este trabajo tiene su propia historia. Inicialmente ha sido encomendado al economista polaco Oscar Lange, pero su muerte, ocurrida en 1965, determinó que sus ayudantes W. Brus, T. Kowalik e I. Sach asumieran la responsabilidad “de una versión preparatoria” de este capítulo, cuya terminación y elaboración definitiva son obra (de la Secretaría de la UNESCO) (p. 15). Presumiblemente por esta razón el trabajo no esté firmado ni por Lange ni por sus colaboradores.

El capítulo (pp. 529-633) comienza con una introducción que indica las tres partes que lo constituyen: la evolución de la ciencia económica, en los últimos decenios, los métodos aplicados en las diversas ramas de la investigación económica y las distintas tendencias actuales de esta ciencia. En la primera parte esboza la evolución de la ciencia económica y señala el puesto que ocupa entre las ciencias del hombre. Unos cincuenta años antes de la crisis mundial de 1929 había tres tendencias distintas del pensamiento económico: la histórica, la marxista y la marginalista o subjetivista que, por sus diferencias podían tomarse como tres disciplinas distintas (p. 532). La tendencia histórica puede considerarse como una variedad del historicismo y no fué capaz de refutar a la economía clásica. Sombart y Weber minaron por dentro esta tendencia y contribuyeron a rehabilitar la ciencia económica (p. 534) y la vida misma condenaba a esta escuela al olvido (p. 535).

La ciencia económica marxista, “impedida de desarrollarse en los centros universitarios y considerada como el arma teórica de las fuerzas sociales” (p. 536), introdujo en el análisis económico ciertos valores duraderos, pero al mismo tiempo reveló una serie de debilidades metodológicas. En la década del 50 se hizo el primer examen metodológico con la redacción del manual a cargo de la Academia de Ciencias de la URSS y se planteó la necesidad de estudiar las regularidades de una nueva economía, la del socialismo (p. 538) y hoy día esta tendencia se ha enriquecido con una problemática propia del capitalismo, del socialismo y del tercer mundo (p. 540).

La escuela marginalista o “subjetivista”, por su preponderancia, ha sido identificada con el pensamiento económico contemporáneo en general (p. 541), aspecto que a los autores de este capítulo les induce a afirmar que la gran mayoría de los teóricos de la ciencia económica se han desarrollado bajo la influencia de esta escuela (p. 541). Con estas indicaciones pasan a señalar la evolución de la escuela marginalista proporcionando una impresionante información acerca de autores, corrientes, interpretaciones y comparaciones hasta llegar a la revolución keynesiana señalada como esencialmente praxeológica (p. 545) y que, de modo indirecto, contribuyó a reforzar la posición del marxismo en las obras occidentales, así como convenció a los marxistas de que debían interesarse por la doctrina de Keynes “como un moderno programa de reformas” (p. 547).

Esta primera parte señala un camino de integración de la ciencia económica a través de varios planos: el rápido desarrollo de la investigación (p. 548), el acercamiento de las distintas escuelas, el aumento del número de, conceptos y categorías, la importancia muy relativa de la distinción entre métodos micro y macroeconómicos (p. 549) y los autores terminan indicando que la historia económica y la prexeología constituyen el objeto de la economía política (pp. 555 y ss.) o ciencia económica definida como “el estudio de las condiciones, variables según las sociedades y las épocas, de distribución, explotación y desarrollo de los recursos” (p. 563).

La segunda parte, titulada “El Pensamiento Económico: modelos y métodos”, plantea observaciones preliminares que insisten en que no se trata de un inventario de los métodos empleados ni de una comparación sistemática de las diferentes teorías. Con esta aclaración, se pasa a hacer un cotejo vivo de la macro y microeconomía para mostrar “la posibilidad de aplicar los instrumentos de análisis a diferentes niveles de agregación y generalización, así como la elección de métodos de cálculo económico descentralizado, capaces de asegurar la compatibilidad de las decisiones tomadas con las preferencias macroeconómicas” (p. 565). Los autores dan relevancia a la renta nacional, como elemento, esencial del análisis macroeconómico y comparan el tableau de Quesnay con las ideas de Marx relacionando ambos elementos con las tablas inputs-outputs. Esta parte fluye suavemente para mostrarnos los métodos aplicados en los diversos dominios de la teoría económica, mismos que se reducen a tres: a) teoría del funcionamiento de la, economía; b) teoría del crecimiento económico; c) teoría del desarrollo socioeconómico.

El tratamiento detenido de cada uno de ellos permite aclarar que para el dominio a) su centro de interés

estaba en el análisis de los mecanismos del mercado y en la definición del estado de equilibrio, pero que, en su evolución, se introdujo el estudio de las relaciones estocásticas que, unido a la teoría de los juegos y la teoría de las decisiones, permitió interpretar de otra manera los mecanismos del mercado (p. 576).

En relación con el dominio de la teoría del crecimiento económico se señala que en los últimos años hubo “una extraordinaria proliferación de modelos de crecimiento” y que “conocido el principio de la construcción de modelos es posible elaborar tantos como se quiera” (p. 580), para luego afirmar que “tan es así, que en numerosas universidades éste es el camino más corto y también el más espectacular para llegar a conseguir un doctorado en ciencias económicas” (p. 581). Los autores indican que “las teorías del crecimiento parecen muy inocentes” y hacen ver que “son las inversiones realizadas por los capitalistas las que determinan el nivel de beneficios globales, en tanto que clase” (p. 582).

La teoría del desarrollo socioeconómico es reclamada como previa a las dos anteriores, puesto que, “por definición, es la teoría del desarrollo la que trata de la evolución de tales estructuras” (p. 591). Se relacionan los planteamientos de Marx con los de Rostow para afirmar que ambos son de carácter nomotético y materialista, aunque el error de Rostow consiste en reducir el proceso de desarrollo “a la evolución cuantitativa de las fuerzas productivas” (p. 593). Esta parte del trabajo concluye con precisas referencias a la matematización de la economía como una tendencia muy positiva para la ciencia económica. Los autores señalan tres aspectos propios de esta tendencia: los métodos de cuantificación, la aplicación de los métodos de inducción estadística y la aplicación de categorías y algoritmos adaptados a las necesidades de la ciencia económica (pp. 595-596) y reclaman un diálogo permanente entre economistas y matemáticos como “uno de los factores más importantes para el desarrollo de la ciencia económica” (p. 599).

La tercera y última parte del trabajo está destinada a analizar los principales problemas planteados en la ciencia económica contemporánea, comenzando por los factores y condiciones del crecimiento económico constituido en el problema fundamental de la ciencia económica (p. 600), problema que necesariamente lleva a consideraciones de carácter macroscópico (p. 605) y que pueden expresarse en tres formas, a) identificación y clasificación de factores que determina el crecimiento de la producción; b) identificación y determinación cuantitativa de las relaciones funcionales; c) investigación de las fuentes y tendencias de modificación de los factores de crecimiento (p. 609).

El trabajo prosigue con la explicación de los problemas de distribución, ya importantes en los tiempos de la economía clásica, pero que han sido despojados de su aspecto social en la teoría estática del equilibrio (p. 614).

Los autores plantean los problemas de la planificación económica y señalan las diferencias entre la economía capitalista y la socialista indicando que las economías de mercado aceptan la planificación como “la tendencia a una participación cada vez más amplia en la elaboración de políticas económicas a medio y largo plazo” (p. 620). Ocupa su atención la puesta en marcha del plan que implica la existencia de instrumentos eficaces y ciertas formas de elaboración de un plan que determinen las modalidades de su aplicación (p. 625).

El trabajo termina con una mención de los modelos y sistemas socioeconómicos más característicos de nuestra época que plantean problemas metodológicos muy complicados “debido no sólo a las controversias que suscitan en torno a los respectivos méritos del capitalismo y del socialismo, sino también al significado de esta diferenciación misma” (p. 629). Luego agregan que “la distinción entre capitalismo y socialismo nos parece indispensable para un análisis adecuado de los problemas económicos contemporáneos” (p. 631); después afirman que “la teoría de la convergencia puede interpretarse... como un intento de generalización de la evolución de los diferentes países hacia el socialismo... hecho que hace ver claramente la necesidad de incluir el análisis comparativo de los sistemas socioeconómicos, dentro del dominio de la ciencia económica propiamente dicha” (p. 631).

*

El 'libro que' hemos reseñado tiene indudable importancia para los estudiosos y curiosos de los problemas que atingen a la sociedad contemporánea. En la reseña se ha tratado de extraer su contenido fundamental a costa de sacrificar el juicio crítico. La extensión -633 páginas- habría demandado un tratamiento fraccionado

en diversos capítulos, puesto que los trabajos contenidos constituyen -por sí mismos- unidades perfectamente delimitadas y las orientaciones ideológicas de los autores aportan suficiente material para que esta obra publicada merezca un estudio minucioso. Quizá su destino inmediato sea el de ser tratado en seminarios que contribuyan a la formación de los docentes de la educación superior. El esfuerzo ha sido grande, pero ha brindado profundas satisfacciones.

MARIO MIRANDA PACHECO.